

LISA A. KIRSCHENBAUM

EL COMUNISMO
INTERNACIONAL
Y LA GUERRA
CIVIL ESPAÑOLA

Solidaridad y sospechas

Traducido del inglés por
Miguel Ángel Pérez Pérez

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *International Communism and the Spanish Civil War. Solidarity and Suspicion*

This translation of *INTERNATIONAL COMMUNISM AND THE SPANISH CIVIL WAR: SOLIDARITY AND SUSPICION* is published by arrangement with Cambridge University Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Lisa A. Kirschenbaum, 2015

© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-454-9

Depósito Legal: M. 16.699-2021

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

LISTA DE ILUSTRACIONES	13
AGRADECIMIENTOS	15
INTRODUCCIÓN: SER COMUNISTA	19
El comunismo internacional y las vidas individuales	21
La Guerra Civil Española y la cultura del comunismo internacional	25
Solidaridad y sospechas	34

PRIMERA PARTE LOS COMUNISTAS INTERNACIONALES Y LA UNIÓN SOVIÉTICA, 1930-1936

1. APRENDIENDO A SER BOLCHEVIQUE	37
La construcción de una institución para formar bolcheviques	44
La vida estudiantil: secretos, solidaridad y sospechas	57
Chovinismo blanco: raza, género y trotskismo	66
«No es una escuela de monjes»: salud política y normas bolcheviques	74

2. IMAGINAR, VER Y SENTIR LA REVOLUCIÓN	85
Compromisos políticos y lazos personales	89
«Ya no hay colas»: formas de ver comunistas	95
«Karl Meredith no se sentía del todo a gusto en la Unión Soviética»	107
«Racionalizar me sienta como un ácido»: sentir la revolución	112

SEGUNDA PARTE
SER BOLCHEVIQUE: HACIENDO HISTORIA
EN ESPAÑA, 1936-1939

3. «TODA LA HUMANIDAD AVANZADA Y PROGRESISTA»	123
Barreras idiomáticas, solidaridad internacional y <i>La Internacional</i>	131
Cigarrillos, escaseces y los límites de la solidaridad internacional	142
La causa, el pueblo español y la «leyenda» de las Brigadas	156
4. VERDADEROS BOLCHEVIQUES Y CABRONES TROTSKISTAS ...	167
Pequeños Chapáyev en España	171
La Pasionaria en la Unión Soviética	178
Guerra real y enemigos reales: la Guerra Civil Española como huida de las purgas	186
Trotskistas por todas partes: la Guerra Civil Española como parte de las purgas	193
La evaluación del comportamiento comunista	203
5. LAS MEJORES CAMARADAS, TÍOS DUROS Y COMUNISTAS RESPETABLES	211
«Estoy pensando en mi mejor camarada y esposa que está en casa»	214
Los hombres de verdad beben, los comunistas de verdad se abstienen	224
La revolución íntima	241

TERCERA PARTE
LOS COMUNISTAS INTERNACIONALES Y EL RECUERDO
DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, 1939-1953

6. DE «NUESTRA GUERRA» A LA GRAN GUERRA PATRIA	253
Los veteranos de la Brigada Abraham Lincoln y la política del recuerdo ..	258
Formando identidades comunistas españolas en la Unión Soviética	269
«Nuestra guerra» y la Gran Guerra Patria	277

7. LA PRIMERA ETAPA DE LA GUERRA FRÍA Y LA SUERTE DE LA «HUMANIDAD PROGRESISTA»	287
Espías reales e imaginarios: Occidente	294
Espías reales e imaginarios: el Este	302
Comunistas enjuiciados	309
Las redes internacionales y el recuerdo de la Guerra Civil Española	315
EPÍLOGO. EL INTERNACIONALISMO Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA DESPUÉS DE STALIN	325
BIBLIOGRAFÍA	337
ÍNDICE ANALÍTICO	363

Para John

LISTA DE ILUSTRACIONES

1. Ranse (Frank) Edward Arvola, cocinero jefe en Alcover. Por cortesía de Biblioteca Tamiment, Universidad de Nueva York (ALBA foto 11-0334 [Serie E]).
2. Un soldado toca la mandolina mientras canta con otros. Por cortesía de Biblioteca Tamiment, Universidad de Nueva York (ALBA foto 177-177080).
3. Tres soldados, uno de los cuales da un cigarrillo a otro. Por cortesía de Biblioteca Tamiment, Universidad de Nueva York (ALBA foto 177-178023).
4. Soldados repartiendo el correo. Por cortesía de Biblioteca Tamiment, Universidad de Nueva York (ALBA foto 11-1463 [Serie E]).
5. Un soldado escribe a máquina con los retratos del general José Miaja, Vladimir Lenin, Josef Stalin y Karl Marx sobre él. Por cortesía de Biblioteca Tamiment, Universidad de Nueva York (ALBA foto 177-178068).
6. Marion Merriman y Robert Merriman (centro) con unos oficiales. Por cortesía de Biblioteca Tamiment, Universidad de Nueva York (ALBA foto 177-177027).
7. El cabo Mack Coad, Segunda Compañía, Batallón MacKenzie-Papineau. Por cortesía de Biblioteca Tamiment, Universidad de Nueva York (ALBA foto 11-0212 [Serie B]).
8. Sterling Rochester (derecha) con Slavonivitch, jefe de información en Jarama y Brunete. Por cortesía de Biblioteca Tamiment, Universidad de Nueva York (ALBA foto 177-178005).

9. Steve Nelson (izquierda) con Douglas Roach. Por cortesía de Biblioteca Tamiment, Universidad de Nueva York (ALBA foto 177-179075).
10. Soldados escribiendo a sus casas. Por cortesía de Biblioteca Tamiment, Universidad de Nueva York (ALBA foto 11-1493 [Serie E]).

AGRADECIMIENTOS

Es para mí un placer dar las gracias a las muchas personas e instituciones que ayudaron a que este libro se hiciese realidad. Estoy muy agradecida a los bibliotecarios y archiveros que me facilitaron el trabajo en el Archivo de Historia Sociopolítica del Estado Ruso; el Archivo de Literatura y Arte del Estado Ruso; el Archivo Histórico Nacional de Madrid; el Archivo Nacional de Cataluña; el Archivo Histórico del Partido Comunista de España; los Archivos Nacionales de College Park, Maryland; la Biblioteca del Congreso; la Institución Hoover; la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, Berkeley; la Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos de la Universidad de Illinois; la Biblioteca Tamiment de la Universidad de Nueva York; la Biblioteca Pública de Nueva York; la Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos de la Universidad de Columbia; la Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos de la Universidad de Pensilvania, y la Biblioteca de la Universidad de West Chester.

Doy las gracias al Instituto Kennan para Estudios Rusos Avanzados y a su entonces director, Blair Ruble, por las dos becas que me concedieron y que no podrían haber llegado en mejor momento. Con otra beca de la Junta Internacional de Investigación e Intercambios se financió mi investigación en Moscú. La Universidad West Chester también me proporcionó unos fondos tan generosos como fundamentales. En 2008-2009 me

nombraron miembro investigador del Foro de Humanidades de la Facultad Mellon de la Universidad de Pensilvania. Mi agradecimiento a los organizadores del foro, Peter Struck y Wendy Steiner, por facilitarme la posibilidad de pasar un año entero maravilloso de debates interdisciplinarios sobre «cambio». El seminario de verano, que con el título de «Estados Unidos y Rusia» celebró en 2009 el Fondo Nacional para las Humanidades en la Biblioteca Pública de Nueva York, y que organizaron Edward Kasinec y Robert H. Davis, me proporcionó un entorno ideal en el que aprender de muchos colegas especializados en historia de Estados Unidos y Rusia y examinar los fondos de la biblioteca.

También doy las gracias a los amigos y colegas que, tras leer partes del texto original, me plantearon excelentes preguntas o me dieron información o consejos de una importancia decisiva: Choi Chatterjee, Gina Herrmann, Alastair Kocho-Williams, Daniel Kowalsky, Adele Lindenmeyr, Elizabeth McGuire, Benjamin Nathans, Cynthia Paces, Karl Qualls, Marci Shore, el finado Richard Stites, Gerald D. Surh y Glennys Young. Debo agradecer especialmente a Bob Weinberg y los participantes en su inestimable seminario de la Universidad de Delaware Valley sus meticulosas y generosas lecturas del texto. Asimismo, doy las gracias a Ben Nathans y Peter Holquist por su invitación para que presentara un capítulo del libro en su Taller de Historia y Cultura Rusas de la Universidad de Pensilvania, y a los asistentes, por sus esclarecedoras reacciones, que me fueron de mucha ayuda. Mark D. Steinberg me brindó apoyo crítico y consejo, así como la oportunidad de presentar mi estudio en el Centro para Rusia, Europa del Este y Eurasia de la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign. Nancy M. Wingfield estuvo una vez más dispuesta a leerse todo lo que le enviaba. Mi viaje a Moscú habría sido mucho menos agradable y productivo de no haber contado con la amistad de Julia Mickenberg. Le doy las gracias por su respuesta a mi trabajo y por compartir conmigo el que la ocupaba en esos momentos.

Ha sido un placer volver a trabajar con Cambridge University Press. Mi agradecimiento a Lew Bateman por su constante apoyo desde el principio a este proyecto.

El libro incluye, con permiso de los editores, parte del artículo «Exile, Gender, and Communist Self-Fashioning: Dolores Ibárruri (La Pasionaria) in the Soviet Union», que apareció en *Slavic Review*, la publicación de la Asociación de Estudios Eslavos, de Europa del Este y Eurasiáticos, 71,

n.º 3 (otoño 2012), pp. 566-589. Mi agradecimiento a la Biblioteca Bancroft por darme permiso para reproducir citas de los archivos de los veteranos de la Brigada Abraham Lincoln, y a la Biblioteca Tamiment de la Universidad de Nueva York por permitirme publicar fotografías de la colección Harry Randall.

Nada de esto habría sido posible sin el apoyo y cariño de mi familia. Mis padres, Diane y Barry Kirschenbaum, son una fuente de inspiración para mí con su continua curiosidad por la vida y disfrute de ésta. Mi madre ha sido, como siempre, mi primera lectora y la más entusiasta; espero que quede satisfecha con «nuestro» libro. Doy las gracias a John Conway por compartir el viaje conmigo. A él le dedico este libro.

INTRODUCCIÓN

SER COMUNISTA

En la carta con matasellos de «urgente» que envió en 1937 a Mikhail Kalinin, jefe nominal del Estado soviético, la comunista española Adela Rivera Sánchez, ésta relató una historia personal en tiempo de guerra. Adela Rivera Sánchez, militante del partido desde 1930, escribió que había llegado recientemente a la Unión Soviética desde Asturias con sus tres hijos pequeños, el menor de los cuales sólo tenía dos años. Como el partido español la conminaba a «volver de inmediato al trabajo en España», estaba planeando «dejar a mis tres hijos en la Unión Soviética y regresar lo antes posible».¹

Se trataba de una decisión que no era infrecuente entre los comunistas internacionales, que veían la Unión Soviética como un refugio seguro para sus hijos.² Lo que complicaba su regreso —y la razón de que se dirigiese a

¹ «Predsedateliu VTsIK Tov. Kalininu», Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv sotsial'no-politicheskoi istorii (RGASPI), f. 531, op. I, d. 186, l. 3. Su nombre figura en cirílico como Adela Rovira Sanches.

² Mariia Minina-Svetlanova, «Two Motherlands are Mine, and I Hold Both Dear in My Heart: Upbringing and Education in the Ivanovo Interdom», *Russian Studies in History* 48, n.º 4 (primavera 2010), p. 75; Huang Jian, «A Chinese Student in the USSR», en Glennys Young (ed.), *The Communist Experience in the Twentieth Century: A Global History through Sources* (Nueva York: Oxford University Press, 2012), pp. 264-269; Inmaculada Colomina Limonero, *Dos patrias, tres mil destinos: Vida y exilio de los niños de la Guerra de España refugiados en la Unión*

Kalinin— era que estaba embarazada de dos meses y medio. La «situación en España y las condiciones de mi trabajo —explicaba— no me permiten tener ahora otro hijo (tengo 26 años y éste sería el sexto)». Así pues, pedía a Kalinin que interviniese en su ayuda y le permitiera practicarse un aborto de inmediato «para que pueda regresar a mi país a tomar parte activa en la lucha del pueblo español».³

Adela Rivera Sánchez necesitaba una dispensa especial para interrumpir su embarazo, ya que el aborto estaba prohibido en la Unión Soviética desde junio de 1936. (La República española, por su parte, nunca llegó a despenalizarlo del todo).⁴ La legislación soviética justificaba la prohibición del aborto como una forma de combatir «una actitud frívola hacia la familia y las responsabilidades familiares».⁵ Adela Rivera Sánchez, sin embargo, expuso sus razones de una forma que no tenía nada de frívola. En su lugar, invocaba normas revolucionarias anteriores que pedían a los comunistas ejemplares que subordinasen las satisfacciones de la vida familiar a las necesidades de la revolución, a la vez que también subrayaba el hecho de que ya tenía cinco hijos.⁶ En respuesta a su petición, recibió una nota en la que se le indicaba que se presentase el 13 de diciembre de 1937 en la Secretaría del presidente del Comité Ejecutivo Central para «hablar de su asunto».⁷ El archivo no contiene información sobre el resultado de esa entrevista.

La petición de Rivera Sánchez nos permite comprobar que, para los más comprometidos con la causa, el comunismo internacional no sólo era un movimiento político, sino también una forma de vida. Su súplica es una expresión con tintes dramáticos de los sacrificios personales que hacían los comunistas. También indica el modo en que un «buen» comunis-

Soviética (Madrid: Ediciones Cinca, 2010); A. V. Elpatevskii, *Ispanskaia emigratsiia v SSSR: Istoriografiia i istochniki, popytka interpretatsii* (Tver: Izdatel'stvo «GERS», 2002), pp. 13-37.

³ RGASPI, f. 531, op. I, d. 186, l. 3.

⁴ Richard Cleminson, «Beyond Tradition and “Modernity”: The Cultural and Sexual Politics of Spanish Anarchism», en Helen Graham y Jo Labanyi (eds.), *Spanish Cultural Studies: An Introduction: The Struggle for Modernity* (Nueva York: Oxford University Press, 1995), pp. 121-122.

⁵ Citado en Wendy Z. Goldman, *Women, the State, and Revolution: Soviet Family Policy and Social Life, 1917-1936* (Nueva York: Cambridge University Press, 1993), p. 331.

⁶ Jeffrey Brooks, «Revolutionary Lives: Public Identities in *Pravda* during the 1920s», en Stephen White (ed.), *New Directions in Soviet History* (Cambridge: Cambridge University Press, 1992), p. 34; Elizabeth A. Wood, *The Baba and the Comrade: Gender and Politics in Revolutionary Russia* (Bloomington: Indiana University Press, 1997), p. 47.

⁷ RGASPI, f. 531, op. I, d. 186, l. 5.

ta podía entender y compaginar la relación entre su deber político y su vida personal; de hecho, tal vez ella no considerase que estaba haciendo un sacrificio por dejar a sus hijos a miles de kilómetros de su país y pedir que se le permitiera abortar con tal de poder participar en «la lucha del pueblo español». Su determinación de volver a la lucha en España quizá exigiera que abandonase temporalmente su faceta de madre. Al mismo tiempo, por sus circunstancias particulares, estaba poniendo en tela de juicio, aunque de forma muy implícita, la santificación estalinista de la familia. Así pues, su historia, como tantas otras de este libro, ilustra de qué manera el compromiso con el comunismo influía en la vida de las personas, y de qué manera las relaciones personales lo hacían en el modo de entender la política.

Al centrarse en las vidas cotidianas de sus integrantes, este libro ofrece una historia de las bases del comunismo internacional. Las interacciones transnacionales entre comunistas tenían lugar, como muestra la historia de Rivera Sánchez, en el contexto de unas normas e instituciones establecidas en buena medida por el partido soviético. No obstante, aunque esas interacciones no se diesen en grado de igualdad, también podían ser turbias, impredecibles, con una fuerte carga emocional y, en última instancia, productivas. Este libro explora los intercambios transnacionales que se dieron en lugares dominados por estructuras soviéticas —de las escuelas clandestinas para formar revolucionarios internacionales de Moscú a las Brigadas Internacionales que lucharon en España— para examinar las prácticas cotidianas de lo que significaba ser comunista. Analiza el atractivo del comunismo, en particular del comunismo soviético, para los de fuera de la Unión Soviética, que se lo tomaban en serio no sólo como credo político revolucionario, sino también como una forma de entender (y rehacer) tanto el mundo como el yo, así como el yo en el mundo.

El comunismo internacional y las vidas individuales

Cuando los bolcheviques se hicieron con el poder en Petrogrado en octubre de 1917, su objetivo no era única o ni siquiera fundamentalmente rehacer el Imperio Ruso y el pueblo ruso. Querían agitar el mundo: desatar una transformación global de las relaciones políticas y humanas. Ese concepto bolchevique de su misión histórica mundial adoptó la forma

institucional de la Tercera Internacional o Internacional Comunista (el Comintern), que se fundó en Moscú en 1919 como cuartel general de esa revolución mundial.⁸ Incluso hoy en día, en nuestro mundo totalmente globalizado, la amplitud de la ambición revolucionaria del Comintern resulta impresionante: en 1935 operaba en todos los continentes y tenía sesenta y cinco partidos miembros. Los agentes y funcionarios del Comintern, que trabajaban con más de una docena de lenguas distintas, recababan información y emitían directrices sobre temas tan diversos como la actividad huelguista, la cuestión agraria, el activismo femenino, la movilización juvenil, las organizaciones regionales de partidos, la prensa obrera, operaciones clandestinas, la celebración de festividades comunistas y la formación de nuevos cuadros de acólitos, por enumerar sólo unos pocos.⁹ El Comintern, en definitiva, puede entenderse como una enorme operación de investigación y formulación de las políticas que se debían seguir fuera de Moscú, estructuradas en buena medida de acuerdo con las necesidades e intereses cambiantes de los dirigentes soviéticos.

Así pues, los estudios del comunismo internacional se organizan a menudo en torno a la cuestión primordial de hasta qué punto «las autoridades centrales de Moscú» controlaban a los «partidos comunistas nacionales».¹⁰ Los llamados tradicionalistas de este debate se centran en la sumisión de los partidos de cada país a Moscú. Así, algunos estudiosos del partido británico subrayan que estudiar en la Escuela Internacional Lenin,

⁸ «Manifiesto de la Internacional Comunista a los trabajadores del mundo», *Internacional Comunista*, n.º 1 (mayo 1919), pp. 5-10. La bibliografía sobre la historia institucional del Comintern es muy amplia. Véanse, por ejemplo, Aleksandr Vatlin, *Komintern: idei, resheniia, sud'by* (Moscú: ROSSPEN, 2009); Norman LaPorte, Kevin Morgan y Matthew Worley (eds.), *Bolshevism, Stalinism, and the Comintern: Perspectives on Stalinization, 1917-53* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2008); Carlos Díaz, *Tercera Internacional (Comunista): De la Revolución Rusa a la dictadura de Franco* (Madrid: Fundación Emmanuel Mounier, 2003); A. O. Chubarin (ed.), *Istoriia kommunisticheskogo internatsionala, 1919-1943: Dokumental'nye ocherki* (Moscú: Nauka, 2002); Tim Rees y Andrew Thorpe (eds.), *International Communism and the Communist International, 1919-43* (Manchester: Manchester University Press, 1998); Pierre Broue, *Histoire de l'Internationale Communiste: 1919-1943* (París: Fayard, 1997); Kevin McDermott y Jeremy Agnew, *The Comintern: A History of International Communism from Lenin to Stalin* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 1996); E. H. Carr, *The Twilight of the Comintern* (Londres: Macmillan, 1982); Fernando Claudín, *The Communist Movement from Comintern to Cominform* (Nueva York: Monthly Review Press, 1975).

⁹ Un inventario de los archivos del Comintern estaba disponible en <http://www.comintern-online.com/> (acceso el 11 de abril de 2013).

¹⁰ McDermott y Agnew, *Comintern*, p. xx.

la institución más prestigiosa del Comintern para formar comunistas extranjeros, contribuyó a forjar unos fuertes lazos entre los comunistas británicos y el régimen soviético, en algunos casos unos vínculos tan estrechos que los comunistas británicos se convirtieron en espías soviéticos.¹¹ Los llamados revisionistas, en cambio, ponen el acento en las historias sociales de los partidos locales y el dinamismo y la autonomía al menos parcial de las bases comunistas.¹² Desde esa perspectiva, otro estudio sobre los estudiantes británicos de la Escuela Lenin subraya la influencia «limitada y efímera» de la escuela y la «resistencia» de los alumnos por su «formación cultural previa» incluso ante un «condicionamiento tan intenso».¹³

Recientes estudios transnacionales y culturales sobre el comunismo internacional han complicado esa dicotomía tradicionalista-revisionista. En una colección de artículos sobre *Bolchevismo, Estalinismo y el Comintern*, los encargados de la edición del libro, Norman LaPorte, Kevin Morgan y Matthew Worley, proponen ampliar el «debate centro-periferia» por medio de comparaciones transnacionales para determinar el grado en que los soviéticos verdaderamente controlaban a diversos partidos nacionales.¹⁴ La recopilación multilingüe de Brigitte Studer y Heiko Haumann sobre temas relacionados con el estalinismo subraya que el control soviético era tan cultural y subjetivo como político.¹⁵ En su aportación a una recopilación de artículos sobre los comunistas británicos, Kevin Morgan

¹¹ John McIlroy *et al.*, «Forging the Faithful: The British at the International Lenin School», *Labour History Review* 68, n.º 1 (abril 2003), pp. 99, 113; véanse también Harvey Klehr, John Earl Haynes y Fridrikh Igorevich Firsov, *The Secret World of American Communism* (New Haven: Yale University Press, 1995), p. 18; Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sebestianov (eds.), *Spain Betrayed: The Soviet Union in the Spanish Civil War* (New Haven: Yale University Press, 2001), p. xviii; John McIlroy y Alan Campbell, «A Peripheral Vision: Communist Historiography in Britain», *American Communist History* 4, n.º 2 (2005), pp. 125-157.

¹² Fraser M. Orttanelli, *The Communist Party of the United States from the Depression to World War II* (New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1991), p. 4; Randi Storch, *Red Chicago: American Communism at its Grassroots, 1928-35* (Urbana: University of Illinois Press, 2007); Helen Graham, *The Spanish Republic at War, 1936-1939* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002), pp. 296, 287.

¹³ Gidon Cohen y Kevin Morgan, «Stalin's Sausage Machine: British Students at the International Lenin School, 1926-1937», *Twentieth Century British History* 13, n.º 4 (2002), pp. 330, 328-329.

¹⁴ Norman LaPorte, Kevin Morgan y Matthew Worley, «Introduction: Stalinization and Communist Historiography», en *Bolshevism, Stalinism and the Comintern*, pp. 1-21.

¹⁵ Brigitte Studer y Heiko Haumann, «Introduction», en Studer y Haumann (eds.), *Stalinistische Subjekte: Individuum und System in der Sowjetunion und der Komintern, 1929-1953* (Zürich: Chronos, 2006), pp. 39-64.

hace hincapié en que la relación de los comunistas con Moscú fue muy variada, e indica que el examen de la diversidad e idiosincrasia de las biografías de esos comunistas —prestando atención a los «centros personales» más que a los institucionales— puede ofrecer «una posible salida al punto muerto en que de un tiempo a esta parte se encuentra la dicotomía centro-periferia» y a lo que él llama la «fijación» con la cuestión del control.¹⁶

Basándose en las tendencias culturales y biográficas de esos estudios recientes, el presente libro se ocupa de lo que fue la tarea diaria de crear una red revolucionaria transnacional. A partir del estudio de determinados lugares en que se dieron intercambios transnacionales, podemos destacar las complejas redes de interacción, tanto personales como políticas, por las que los comunistas internacionales no sólo se vincularon con Moscú, sino también entre sí mismos. La Primera Parte (capítulos 1 y 2) se centra en los estadounidenses y españoles que estudiaron y trabajaron en Moscú en los años treinta, y presenta a varias personas cuyas trayectorias iremos siguiendo a lo largo del libro. Instituciones como la Escuela Internacional Lenin hicieron las veces de puntos de conexión entre el centro y la periferia, lugares de interacción cotidiana entre comunistas tanto internacionales como soviéticos. Como se relacionaban en instituciones estructuradas por el «centro», los comunistas de la «periferia» que se movían entre un punto y otro vivían y hacían lo que llamamos el comunismo internacional, aunque nunca totalmente a su gusto.

La Segunda Parte (capítulos 3-5) sigue hasta España a varios alumnos de la Escuela Lenin y a otros que trabajaron o estudiaron en la Unión Soviética, con el fin de analizar los contactos transnacionales que fueron fundamentales para las experiencias de tantos de los que formaron parte de las Brigadas Internacionales. Esas brigadas, iniciadas en Moscú y dirigidas según evolucionaban los acontecimientos sobre todo por comunistas de Europa Occidental, muchos de los cuales fueron entrenados en la Unión Soviética, llevaron a unos 35.000 voluntarios a España, constituyendo la operación internacional más grande y ambiciosa, si bien al final infructuosa, que orquestó el Comintern. Presto especial atención a los voluntarios norteamericanos que lucharon en España (conocidos por lo

¹⁶ Kevin Morgan, «Parts of People and Communist Lives», en John McIlroy, Kevin Morgan y Alan Campbell (eds.), *Party People, Communist Lives: Explorations in Biography* (Londres: Lawrence & Wishart, 2001), pp. 23, 24.

general como la Brigada Abraham Lincoln), entre los que había gran número de estadounidenses nacidos en el extranjero o de primera generación, por lo que eran un contingente particularmente transnacional y multilingüe.

La Tercera Parte (capítulos 6-7) sigue la pista de las relaciones personales e institucionales posteriores de los que participaron en la Guerra Civil Española, tanto en la Segunda Guerra Mundial como en los primeros años de la Guerra Fría. Me centro en los españoles que se exiliaron en la Unión Soviética, y que vieron la guerra de los soviéticos contra Alemania como una continuación de «nuestra guerra», y en los comunistas norteamericanos, que, a diferencia de muchos de sus camaradas europeos, no vivieron después ninguna historia propia de resistencia al nazismo que ensombreciera el recuerdo (a menudo mitificado) de la Guerra Civil Española o compitiera con él. El libro concluye ocupándose del impacto de la Guerra Fría y de la desestalinización en las relaciones de los comunistas internacionales entre sí y con la causa.

La Guerra Civil Española y la cultura del comunismo internacional

El conflicto que llegó a ser conocido como la Guerra Civil Española comenzó con un golpe de Estado militar el 17-18 de julio de 1936. Estaba fuertemente arraigado en la agitación social, económica y política que sacudió España a principios del siglo xx y que en 1931 dio lugar a la República española, y con él los insurgentes querían detener los cambios y anular las reformas republicanas que ponían en peligro la autoridad tradicional de grandes terratenientes, la Iglesia católica y el ejército.¹⁷ El golpe de Estado, que iniciaron soldados del Ejército de África español, triunfó rápidamente en el Protectorado de Marruecos. Sin embargo, en la Península los

¹⁷ Para una introducción a versiones muy distintas sobre los orígenes de la guerra, véanse Helen Graham, *The Spanish Civil War: A Very Short Introduction* (Nueva York: Oxford University Press, 2005), pp. 1-19, y Stanley G. Payne, *The Spanish Civil War* (Nueva York: Cambridge University Press, 2012), pp. 5-81. Mientras que Graham argumenta que «el fracaso de la República fue muy concreto: demostró ser incapaz de impedir que algunos sectores del cuerpo de oficiales dieran un golpe de estado» y que fue el «acto violento inicial» de los insurgentes el que «acabó con cualquier posibilidad de encontrar otras formas de evolución política pacífica» (p. 18), Payne afirma que «la violencia política la inició fundamentalmente la izquierda» (p. 45) y los insurgentes solo actuaron «cuando juzgaron que sería literalmente más peligroso no rebelarse que hacerlo» (p. 68).